

Idea de la Universidad

Eugenio Hernández, S. J.

I—ALUMBRANDO UNA ETIMOLOGIA

En la Edad Media surgió, en el mundo occidental, un fenómeno nuevo y sorprendentemente fecundo, que, poco a poco, iba a convertirse en uno de los vehículos más eficaces de la cultura, y de la formidable revolución que nos ha traído el desarrollo actual de las ciencias y de la civilización: la Universidad.

Al comienzo, se usó esta palabra "*Universitas*", como sinónimo de "*consortium*", "*Communio*", "*societas*", palabras por las que era frecuentemente sustituida. Esta es su primera significación, que habla de vinculación estrecha, de comunión e interacción de todos sus participantes entre sí, o por grupos. En Bolonia, no sólo el grupo común se llamaba "*Universitas scholarium*", sino que cada uno de los grupos se acoge a este nombre, y así se distinguen la "*Universitas*" de los citramontanos (italianos), y la de los ultramontanos (extranjeros). La Universidad de París ateniéndose a esta significación vinculativa, se intitula: "*Nos Universitas Magistrorum et Scholarium...*" Y así, se lanza al mundo un nuevo concepto, en cuyo seno más íntimo late esta idea de unidad, como base fundamental para la otra significación que, si siempre implícita, iba a irse desentrañando paulatinamente con el desarrollo de los tiempos: el de Universidad.

La Universidad, básicamente, supone comunión, consorcio, interacción mutua. Sin ésta, tendríamos, todo lo más, o una residencia de estudiantes, o un centro de investigación para profesores. Y es precisamente en la mitad, —tan excluyente de camaraderías populacheras, como de distancias olímpicas— donde radica el fin de la Universidad. Allí donde el profesor sale al encuentro del discípulo para reproducir, una y mil veces, su Yo y su saber, y donde, a la recíproca, el discípulo sirve de estímulo, de contras-tación, de antítesis viviente y dialogada con el profesor. No en vano decía el rabbi Schammai: "Mucho he aprendido de los libros, mucho de mis maestros, pero mucho más de mis alumnos".

Paulatinamente, la U. se iba a tomar como sinónimo de universidad. Y en esta otra interpretación encontramos, también, rasgos definitivos de su caracterización y fisonomía actual.

La U. se presentó ante las escuelas de la Alta Edad Media —de carácter más reducido: Escuelas Palatinas, Catedralicias y Monacales—, afirmando su carácter general. “*Studium generale*” fué su primer nombre. Su universalidad consistió en no restringirse a una determinada localidad o nacionalidad; no limitarse a una determinada enseñanza, sino abarcar cuanto fuese ciencia y saber y, al mismo tiempo, lograr que sus títulos tuvieran validez universal.

Universalidad de Enseñanza.—He aquí una exigencia primitiva de toda Universidad. Lo otro sería Escuela Especial, Politécnica, Academia Militar. Si las exigencias de la vida moderna han hecho necesarias nuevas ciencias, cada vez más limitadas por su objeto, la U. no ha querido excluir a ninguna de ellas de sus aulas. Y esto ha ocasionado uno de los más graves problemas de la U. actual. Ella no puede renunciar a su carácter humanístico. Pero Humanidad y Especialización son dos direcciones opuestas. Entre estos dos polos de distensión —especialización exigida por la vida moderna, y humanismo inherente a la misma esencia constitucional de la U.: formar hombres— la U. ha de buscar el camino árduo, cada vez más difícil, que lleve a fundar la especialización sobre la base amplia de un humanismo filosófico-literario, que no haga del hombre de ciencia la caricatura de un acromegálico monofacético, sino un ser de plenitud total, potenciando con todas sus virtualidades, la concentración focal que le exige su especialidad.

Universidad de Ideas.—Otro atributo de la Universidad, que reclama parentoriamente un clima de libertad, y una abertura suficiente, —incompatible con la estrechez opresora del localismo provinciano. Su ámbito debe ser universal. Y asimilando lo extraño y extranjero, debe saber refundir lo local, sin anularlo, para verterlo en los nuevos moldes del momento. Universalidad de ideas, con una sola limitación: el error. Y ello, no sólo por lo que el error pueda tener de anti-verdad y desviación, sino porque el estudiante, científicamente, no es un adulto que puede recibir teorías sin distinción, dejadas a su buen criterio, que en el caso concreto no hay que darlo por supuesto. Crítica y sistema organizante como postulados de formación.

Universalidad de Estudiantes.—“*Universitas Magistrorum et Scholarium*”. Y cuanto ésta sea mayor; cuando en las aulas de la U. se den cita estudiantes de todos los rincones del ámbito nacional, e incluso acudan representantes cualificados de otras tierras y latitudes, la U. será incentivo de nuevas ideas, compulsación de todas las opiniones, diálogo entre todas las mentalidades: escuela de comprensión y de convivencia. Así lo han comprendido las Universidades alemanas: Bonn, Colonia, Heidelberg, etc., que tanto dinero invierten en becas para estudiantes extranjeros, convencidas de que ese dinero no lo pierden los nacionales, sino de que lo reciben centuplicado en su convivencia y coestudio⁽¹⁾. Pero esta universalidad, un tanto ecuménica, tiene también —debe tener— su limitación: la masa. La

(1) Ejemplo de esta amplitud de miras podría ser la U. de Innsbruck: sus cinco Facultades acogen a más de un 50% de extranjeros, llevando la primacía, la de Teología.

masa no es universalidad que supone, como decíamos, unidad y estructura. La masa tiene siempre algo de caótico, de barbarie organizada. Es rebaño avocacional, neutro y opaco a todo estímulo e interés. Que la cultura se extienda, en cuanto sea posible, a todos los sectores de la nación, pero que esto sea, porque todos estos sectores, previamente, se han cultivado, y tienen gérmenes de selección. Capacidad y vocación, han de ser los criterios de selección. Vocación: que excluya al universitario por costumbre social, o por desgracia; por convencionalismo, o por orgullo familiar. Aptitud: que excluya al tarado, al abúlico, al fantasma de todos los exámenes, presente, año tras año, en todos los cursos, con un "tandem" de asignaturas pendientes, eterno estudiante sin llegar nunca a la promoción⁽²⁾.

Universidad, asimismo, de Profesores.—Por idénticas razones. Con abertura a todo lo nacional e internacional. Sin camarillas cerradas, ni sectarismos excluyentes. Sin confraternidades para acaparamiento de cátedras, ni instituciones libres que sean cotos cerrados. Pero con exclusión del mero oficinista de la cultura, del expendedor de lecciones, del burócrata de cátedra: funcionario vitalicio sin aspiraciones, cómodamente re-costado en su escalafón. Y quizá ignorante, o sin preparación moral, desligado de libros y revistas desde que desvaneció el triturador fantasma de las oposiciones, obstruyendo el paso a nuevos valores juveniles, más capaces y eficientes, excluidos únicamente por motivos de antigüedad. La U. requiere maestros. Y maestro es quien tiene resonancia entre los estudiantes; quien levante ecos y vaya formando círculos de verdaderos discípulos, —algo más que espectadores o meros taquígrafos.— Grupos de interés o interacción mutua, con vínculos de rigor intelectual.

Universalidad de Eficacia.—Ninguna otra institución cultural tiene tan resonante altavoz en el ámbito de la cultura como la U. Difusora de ideas e inquietudes; pulmón receptor y distribuidor de todo lo nuevo o re-encontrado, en renovación permanente de la sociedad. Y sólo en unión con ella la U. tiene sentido. Únicamente cuando la U. sea algo más que una institución oficial, enquistada por Real Decreto en el cuerpo de la sociedad; sólo cuando la U. llegue a interesar a la sociedad, poniendo a disposición de ésta laboratorios y medios de investigación, orientados a la necesidad ambiental, es cuando la sociedad corresponderá con ayudas y subvenciones de fábricas, bancos o fundaciones, como en el sistema anglosajón. Pero su ámbito de eficacia no debe rebasar los bordes científicos-culturales. Ajena y superior a la política menuda y a la efeméride, para no empequeñecerse, la U. no debe convertirse en club revolucionario o en odre de todos los vientos e histerismos.

Reflexión Marginal.—Comenzábamos diciendo que la raíz de la universalidad era la unidad de la U. Ahora, en consideración al margen, hemos de añadir que la universalidad también presupone estímulo. Cuando recordemos los esquemas —tántos esquemas— de nuestras universidades latinas, de ordenación napoleónica, erigidas por decreto, y convertidas en meras secretarías expendedoras de títulos en papel timbrado, distantes de la sociedad, tanto como la sociedad de ellas, a quienes considera una mani-

(2) Nunca nos cansaremos de recomendar a los estudiantes que van a la Universidad, o a sus padres y tutores, las páginas que a este respecto ha escrito el Dr. Marañón en su libro "Vocación y Ética", o en su luminosa Conferencia-Ensayo sobre "Huarte de San Juan".

festación más de la burocracia del Estado, parásitas de una sociedad que no las produjo pero que las aguanta, realmente tenemos que reconocer que la estatificación de la U. ha sido un gran perjuicio para ella. Hagamos, de nuevo, la U. privada. Descentralicemos las que ya existen, y hagámoslas depender no de un poder central, uniformador e igualitario, que aniquila estímulos y competencias. Hagámoslas depender del medio en que viven: del Municipio, de la provincia, de la fundación. Con toda la ayuda y supervisión **mediata** del Estado que se quiera, pero sin absorción. Y con la distinción vendrá la competencia, y con ella el estímulo y el interés. No se buscará, ya, en la U. el mero título. Se buscará la U. misma, por su mayor o menor relevancia. Se hará gala y banderín de orgullo de pertenecer a una elegida "alma Mater". La U. abocada a vivir y a triunfar por propia iniciativa, será la primera preocupada de la buena marcha de sus estudios, de la selección de profesores y de la eliminación de los alumnos. Y la sociedad verá en "su" U. la gloria que hay que defender ante las demás regiones, o la vergüenza que urge corregir. Y contribuirá con su ayuda generosa y eficaz.

II—LINEAS GENERATRICES DE LA UNIVERSIDAD

Pero además de las ideas que encierra la etimología de la U., hay otra serie de conceptos que, si no explícitamente, por lo menos son como el espíritu que la organiza y vivifica, y sin el cual no se podría mantener la U. Este espíritu, persuadámonos de ello, es algo más que un edificio suntuoso o una ciudad universitaria. El mismo edificio podría ser habilitado para servicios bien diversos, y en cambio, allí donde se reuniese un conjunto de profesores y de alumnos, animados por ese espíritu, tendríamos una auténtica U. Permítaseme recordar, a modo de inciso, el estado cuasi ruinoso en que quedó, después de la guerra, el edificio de la U. de Munich. Los muros eran una enramada de andamios. Los tránsitos abundaban en cascotes de ladrillos. Apenas si había pupitres en las aulas, y muchos estudiantes tenían que sentarse en el suelo... Sin embargo, allí flotaba ese "espíritu", y se trabajaba con afán de redimir el tiempo perdido en tantos años de trinchera.

El Estilo.—La U. no es, pues, un problema de edificios y mampostería. Es mucho más un problema de estilo: de estilo espiritual. En alemán hay dos adjetivos derivados de la palabra espíritu, "Geist", y son: "das Geistliche", y "das Geistliche". El segundo es lo espiritual en sentido religioso. El primero es lo espiritual en un sentido más amplio, dentro del ámbito humano e intelectual. Ambos derivan de una misma raíz: el espíritu. Ciencias del espíritu, tareas del espíritu: "Leit-motiv" de la preocupación universitaria alemana.

La audacia es otra de las exigencias del estilo de la U. Audacia de la investigación. Audacia exploratoria, que avanza y quema las naves; que se decide y sacrifica urgencias económicas, comodidades, exigencias sociales, ambientes hostiles, miedo al ridículo. El investigador tendrá que salir, muchas veces, como verdadero hidalgo, a arrostrar el sacrificio, siguiendo la sombra de su lanza y el ardor de su fe: por amor a la cultura, que alguien definía como "lo económicamente menos productivo de la civilización".

Pero además de este estilo de ser, hay también un estilo de actuar. Y este estilo es el método de trabajar; el método científico, con su rigor de conocimiento reflejo, distinto y verificado, tan ajeno al mero ensayismo diletante. Método de exhumar y de exponer, —pues el profesor debe ser siempre pedagogo. Métodos específicos de la U., en clases, laboratorios, revistas, bibliotecas y seminarios —esos viveros de trabajo dialogado, alma de las Universidades alemanas. Estilo y método, susceptibles de modificaciones, pero coincidiendo en lo fundamental. Estilo anglosajón, de carácter acusadamente humano, ejemplificado, y quizá caricaturizado —por los indocumentados— en el “gentleman” y en el “sportman”, y que ha dado al mundo esas magníficas generaciones de diplomáticos expertos en arqueología, o políticos licenciados en filología clásica, lectores infatigables de Píndaro y Homero. Estilo latino: de erudición y acusado memorismo, palestra del “hombre-examen”, sin olvidar la maravillosa claridad de exposición de la mentalidad francesa. Estilo germano: de investigación. Consistente, menos en tinglados de programas y en barreras de exámenes anuales (solamente los hay de fin de carrera), cuanto en tratar y entenderse directamente con las fuentes. Para ellos, el científico equivale a investigador; formulado en la igualdad “Wissenschaftler = Forscher”.

Clima.—Una ausencia de clima apropiado convertiría a la U. en un Colegio, en un Club, o en una Junta Revolucionaria, —concediendo generosamente que en estos casos hubiese un mínimo de organización. Sin este mínimo, la U. no superaría a la horda salvaje o a la mesnada somnolienta.

La U. necesita su clima, y para ello se le concede libertad, autarquía y fuero universitario, a fin de que el clima no nazca artificialmente, como en incubadora, por imposición del volante exterior de regulación, sino para que sea producido internamente, a gusto y por colaboración y convencimiento de todos. Clima que no supone hermetismo para caldearlo, sino actitud de ventana abierta, de abertura espiritual y luz oxigenante a toda **verdad** verificada.

La U. necesita un clima. La tarea universitaria requiere rigor y disciplina, no como fin, sino como medio indispensable para una convivencia laboriosa basada en el respeto. El ruido callejero y la lucha del ágora no deben llegar a los claustros de la U. En ella debe reinar la paz, o por lo menos el armisticio.

Vocación.—De la vocación de alumnos y profesores ya hemos hablado más arriba. Cuando ella sea realidad, la U. estará dispuesta a cumplir su misión, para la cual también ha sido “llamada”. Y vocación, con su correlato de dedicación a ella. Sin considerar la cátedra como ocupación marginal, o como trampolín de prestigio, o como una de tantas “salidas”. Ni al estudio como algo irremediable, en orden a un título, a un cargo administrativo, o a una posición social.

Servicio a la sociedad.—Repitamos que la U. no es, —no debería ser— un organismo fortuito, creado por la omnipotente e irresistible planificación del Estado providente, pero que permanece ajena a su circunstancia. Sólo cuando la U. y su circunstancia se identifiquen en servicio y en ayuda, será la U. algo homogéneo con la sociedad y podrá cumplir su verdadera misión de fermentación cultural y civilizadora. Y esto será, de ordinario, posible, cuando la U. dependa realmente de la misma sociedad, de su patrocinio y de su dirección.

Reflexión marginal.—Claro es que cuando uno se dedica a estas ensoñaciones de la U. ideal, no puede apartar su vista de las concreciones reales de esa idea, muchas veces verdaderos epílogos de ella. La u —con minúscula— con su camarilla de profesores, excluyéndose por prejuicios extraacadémicos, con política ruinosa y debilitante de monopolios. La indisciplina de los estudiantes, ahitos de huelgas y algaradas, trastocando los términos de libertad en libertinaje; o quizá, y por contraste, esas otras Universidades, con corsé y horma de Colegio, reducidas a una estatura enclenque de infantilismo. O esas otras que, en eversión de su fin auténtico, son un ácido corrosivo y disolvente de la sociedad en que viven. O, en fin, esas de planilla esotérica; con profesores abrumados por la cultura, con resignación de funcionarios, sin superar en mucho al policía que expende licencias de conducir; o el profesor engolado, encaramado a un Sinaí detonante, con toda una colección de efectos pirotécnicos: el iluminismo, la petulancia, el oficiar de hierofante de la verdad; o el ensayista y diletante, verdadera maravilla de ingenio, que se permite, alegremente, un “excursus” deportivo y venatorio, por terrenos linderos a los de su investigación, pero verdadera enfermedad de facilidad y holgazanería, en esos investigadores de periódico y científicos de la divulgación.

¡Que ojalá nuestras Universidades, sean cada vez más tipos de esa Universidad —con mayúscula— que todos ambicionamos!

Innsbruck, (Austria).

